Hace 70 años la Junta Departamental de Canelones, reflejando la sensibilidad colectiva por la masacre de Lídice, perpetrada por los nazis, constituía en el ángulo noreste de la ciudad; la plazoleta que lleva su nombre, Tal atrocidad, se enmarca en la historia reciente de la humanidad, una historia que se derrama ante nosotros, nos arrastra, que se centra en lo presencial; entrelazada inexorablemente a la memoria como práctica colectiva, donde se yuxtaponen recuerdos, intimidades y experiencias. Este pasado en proyección, que para algunos posee rasgos indeterminados, para otros estaría perneado por eventos críticos, traumas o muros simbólicos que caen o se construyen.

Con la iniciativa, de la Junta Departamental de Canelones en 1943 comenzaba un verdadero hermanamiento, basado en el recuerdo; en la memoria, de aquellos que perdieron la vida, las víctimas del delirio trasnochado de los que creen que pueden dominar, explotar y asesinar por razones étnicas, religiosas, económicas, de género o por el simple hecho de ser otros-distintos. La comunidad canaria demostró lo contrario, una huella indeleble en su espacio público, allí donde las decisiones políticas se encuentran con la sociedad civil.

Por la memoria nos constituimos como individuos, y a través de la memoria colectiva como sociedades, tomamos referencia del pasado que existe en la memoria de unos y otros. Los pueblos tienen identidad y dignidad, aquí nos hay lugar para mezquindades, no hay una rivalidad organizada de la memoria, hay memoria compartida, hermanamiento, una construcción de las memorias, en plural, de aquellos que en el devenir histórico decidieron, por convicción poner en escena recuerdos comunes. El nazismo no pudo borrar Lídice, porque no hay olvido, no hay silencio, Lídice encontró en Canelones la firmeza de escucharla y hablarla, a través del tiempo y con el paso de las generaciones, para que esté presente siempre, pero también; para que no se repita nunca más.